

mer cónsul le engañaba con sus agasajos, y que por intereses de poca monta estaba recibiendo de él sacrificios de política muy peligrosos; que merced á su condescendencia el Hannover se veía invadido; que los franceses no limitaban á aquel territorio sus proyectos de invasión; que la razón que los impulsaba á cerrar á los ingleses el continente los llevaría más allá de Hannover, hasta la misma Dinamarca para apoderarse del Sund, y que entonces los ingleses bloquearían el Báltico, como bloqueaban el Elba y el Wéser, y privarían al comercio del continente del último canal que le quedaba abierto. El temor que con esto expresaba la Rusia no podía ser sincero, porque el primer cónsul no pensaba ni podía pensar en extender sus invasiones hasta Dinamarca. Había ocupado el Hannover como propiedad inglesa que era, y á Tarento en virtud de la dominación incontestada de la Francia sobre la Italia; pero invadir la Dinamarca, hollando al pasar la Alemania, era imposible mientras no empezase por conquistar la misma Prusia, y entonces felizmente la política de la Francia aún no había adquirido tan desmesurada extensión.

Eran, pues, falaces las sugerencias de la Rusia; pero sin embargo alarmaban al rey de Prusia, inquieto ya en sumo grado por la ocupación del Hannover. Por esta ocupación había sufrido, además de las reclamaciones y quejas de los Estados alemanes, grandes perjuicios comerciales, pues cerraron los ingleses el Elba y el Wéser, y la exportación de los productos prusianos acabó de repente. El mismo día que empezó el bloqueo fueron desechadas las telas de la Silesia, que por lo común se compraban por medio de Hamburgo y Bremen, cuyo vasto comercio alimentaba este solo artículo. Los primeros negociantes de Hamburgo principalmente manifestaron cierta malicia en negarse á todo género de transacciones, para mover aún más á la corte de Prusia y para hacerle sentir más vivamente la contra de la ocupación del Hannover, causa única de haberse cerrado el Wéser y el Elba. Desde entonces sufrieron pérdidas inmensas los más altos personajes prusianos; Mr. Haugwitz perdió la mitad de sus rentas, aun cuando por esto en nada amenguase aquella calma y serenidad que constituía uno de los más relevantes méritos de su genio político; el rey, abrumado por la multitud de quejas que de la Silesia recibía, se vio en la precisión de prestar á esta provincia un millón de escudos (cuatro millones de francos), sacrificio bien grande por cierto en un príncipe económico, celoso de restablecer el arruinado Tesoro del gran Federico. Pedíasele entonces el doble de esta suma.

Agitado por las sugerencias de la Rusia y por las quejas del comercio prusiano, temía además el rey Federico Guillermo que si se dejaba arrastrar por ellas, podía verse empeñado en ligas hostiles á la Francia, lo cual hubiera trastornado toda su política, que hacía unos cuantos años descansaba en la alianza francesa; y para salir de tan penoso estado de ansiedad acababa de enviar á Mr. Lombard á Bruselas. Dióle el encargo de observar bien al joven general, de procurar penetrar sus intenciones, y de asegurarse si se proponía, como se decía en San Petersburgo, extender sus ocupaciones hasta la Dinamarca, y finalmente si, como también se suponía allí, era cosa muy peligrosa el fiarse de aquel

hombre extraordinario. Debía al propio tiempo monsieur Lombard poner empeño en alcanzar ciertas concesiones con respecto al Hannover. El rey Federico Guillermo hubiera querido que se redujese á unos cuantos miles de hombres el cuerpo que ocupaba aquel reino, con lo cual desaparecían los temores, verdaderos ó fingidos, de que era causa en Alemania la presencia de los franceses, y hubiera querido además la evacuación del pequeño Cuxhaven, situado en la desembocadura del Elba. Este pequeño puerto, abierto en la entrada misma del mencionado río, era propiedad nominal de los hamburgueses; pero en realidad se servían de él los ingleses para continuar haciendo su comercio. Si á título de territorio hamburgués le hubieran dejado desocupado, el comercio inglés se hubiera verificado como en plena paz; en este caso el objeto que se proponía la Francia se hubiera frustrado, y era esto tan cierto, que en el año de 1802, cuando la Prusia se apoderó del Hannover, ocupó el puerto de Cuxhaven.

El rey de Prusia ofrecía, á trueque de estas dos concesiones, un sistema de neutralidad para el Norte, calcado sobre la antigua neutralidad prusiana, que comprendiese, además de la Prusia y del Norte de Alemania, varios Estados alemanes nuevos, y quizás á la misma Rusia; así al menos lo esperaba el rey Federico Guillermo. Según este monarca, equivalía aquello á garantizar á la Francia la inmovilidad del continente, y era además dejarle libre el empleo de sus recursos contra Inglaterra, y merecer de parte de ella algún sacrificio. Tales fueron los diversos objetos confiados á la prudencia de Mr. Lombard.

Partió éste de Berlín para Bruselas, eficazmente recomendado por Mr. Haugwitz á Mr. de Talleyrand. Teníase por muy honrado con poderse acercar al primer cónsul y conversar con él, y éste, advertido de las disposiciones que Mr. Lombard traía, le hizo el más lisonjero recibimiento, adoptó para granjearsele el excelente medio de estimularle y halagarle con una confianza ilimitada, y con la manifestación de sus secretos pensamientos. Bien podía á la sazón descubrirlos todos sin arriesgar su crédito, y así lo hizo con una franqueza y una verbosidad seductoras. Dijo á Mr. Lombard que no quería admitir un solo territorio más en el continente; que no quería sino lo que las potencias habían reconocido pertenecer á la Francia en sus tratados patentes ó secretos, á saber: el Rhin, los Alpes, el Piamonte, Parma, y la conservación de las relaciones actuales de la república italiana y con la Etruria. Añadió que estaba dispuesto á reconocer la independencia de la Suiza y de la Holanda, y resuelto á no mezclarse más en los negocios alemanes desde el receso de 1803; que sólo procuraba una cosa, que era reprimir el despotismo marítimo de los ingleses, más insuportable ciertamente para otros que para él, puesto que la Prusia, la Rusia, la Suecia y la Dinamarca se habían unido ya dos veces en el término de veinte años, en 1780 y en 1800, para acabar con él. La Prusia era la que debía ayudarle en esta empresa, la Prusia que era la aliada natural de la Francia, que en los últimos años había recibido de ella numerosos beneficios, y que aún tenía tantos otros que esperar. En efecto, ¿qué no podría hacer él por ella si salía victorioso? ¿No tenía por ventura en su mano el Hannover, ese complemento tan natural

y tan necesario del territorio prusiano, para pagar dignamente con seguridad y usura la amistad que el rey Federico le probase en semejante circunstancia? Pero para que pudiera llegar á ser vencedor y mostrarse agradecido, necesitaba que se le auxiliase de una manera eficaz. Una buena voluntad ambigua, una neutralidad más ó menos lata, eran auxilios de poca valía; lo que convenía era ayudarle á cerrar completamente las playas de la Alemania, soportar algunas privaciones momentáneas, y ligarse á la Francia con un tratado de unión patente y positivo. La llamada neutralidad prusiana de 1795 no bastaba ya para asegurar la paz del continente: para hacer esta paz segura se necesitaba una alianza formal, pública, ofensiva y defensiva, entre la Prusia y la Francia. Celebrada ésta, ninguna potencia continental se atrevería á formar el menor proyecto; la Inglaterra quedaría manifiestamente aislada, reducida á una lucha cuerpo á cuerpo con el ejército de Boloña; y si á la perspectiva de esta lucha se agregaba que se le cerrasen todos los mercados de Europa, veríase obligada á transigir, ó aniquilada por la formidable expedición que se disponía en las riberas de la Mancha. Mas para esto, repetía sin cesar el primer cónsul, era indispensable la alianza efectiva de la Prusia, y una cooperación formal y completa por su parte á los proyectos de la Francia. Entonces triunfaría, entonces podría colmar de beneficios á su aliada, y ofrecerle como dádiva el Hannover, que en lo íntimo de su corazón tan ardientemente anhelaba, aunque no lo pedía.

El primer cónsul, con la sinceridad, el calor de sus explicaciones y el brillo fascinador de su talento, convenció y sedujo á Mr. Lombard; no le engañó, como se dijo al punto en Berlín por una facción enemiga. Persuadióle por fin de que no meditaba traza alguna contra la Alemania, de que quería únicamente proporcionarse medios de acción contra la Inglaterra, y de que la Prusia conseguiría un engrandecimiento enviable en premio de una cooperación franca y sincera. Por lo tocante á las concesiones que Mr. Lombard traía en demanda, le demostró el primer cónsul sus graves inconvenientes; le probó que dejar al comercio británico ejercerse libremente mientras se hiciese una guerra que hasta el día incierto de la irrupción no tendría consecuencias por la Inglaterra, equivaldría á abandonar á ésta todas las ventajas de la lucha. Llegó el primer cónsul hasta el punto de declarar que estaba dispuesto á indemnizar á expensas del Tesoro francés todos los perjuicios que hubiese sufrido el comercio de la Silesia. No obstante, caso de que la Prusia consintiese en estipular una alianza ofensiva y defensiva, estaba pronto á acceder á algunas de las concesiones que el rey Federico Guillermo deseaba. Convencido monsieur Lombard, deslumbrado, y halagado por el franco recibimiento de aquel grande hombre cuyos más pequeños miramientos admitían con orgullo los mismos príncipes, salió para Berlín, dispuesto á comunicar á su soberano y á Mr. Haugwitz todos los sentimientos que rebotaban en su alma.

El primer cónsul, después de haber reunido en Bruselas una corte verdaderamente esplendorosa, y no teniendo ya objeto ninguno que le detuviese en Flandes mientras no estuviesen más adelantadas las obras mandadas hacer en las costas, regresó á París, donde todo

estaba por hacer bajo el doble aspecto de la administración y de la diplomacia. Pasó por Lieja, Namur y Sedán. Fué recibido por todas partes con alborozo, y llegó á Saint Cloud á principios de agosto.

Sin dejar de dictar las órdenes necesarias desde París para continuar los preparativos de su grande expedición, urgíale aclarar y fijar definitivamente sus relaciones con las primeras potencias del continente. Había claramente descubierto en las inquietudes de la Prusia la influencia rusa; descubríala también en la mala voluntad que se le mostraba en Madrid. El gabinete español se negaba en efecto á explicarse sobre el cumplimiento del tratado de San Ildefonso, y decía que debíndose esperar todavía un fin pacífico de la mediación rusa, convenía esperar el resultado de esta mediación antes de tomar un partido decisivo. Otras circunstancias además afectaron de una manera desagradable al primer cónsul, y sobre todo la parcialidad notoria de la Rusia en la tentativa de mediación que acababa de ensayar. Mientras el primer cónsul aceptaba esta mediación con completa deferencia, y la Inglaterra por el contrario oponía dificultades de toda especie, ya negándose á darle la isla de Malta confiada á la potencia mediadora, ya argumentando hasta lo infinito sobre la latitud de la negociación, la diplomacia rusa se inclinaba más bien á la Inglaterra que á la Francia, y parecía no hacer el menor caso de la deferencia de la una y de la mala voluntad de la otra. Las proposiciones últimamente enviadas de San Petersburgo revelaban esta disposición de la manera más indudable. La Rusia declaraba que en su opinión debía la Inglaterra entregar la isla de Malta á la orden de San Juan de Jerusalén; pero que convenía en cambio concederla la isla de Lampedusa; que la Francia debía además proporcionar una indemnización al rey de Cerdeña, reconocer y respetar la independencia de los Estados vecinos, y evacuar, para no volver á ellos, no sólo á Tarento y el Hannover, sino también el reino de Etruria, la república italiana, la Suiza y la Holanda.

Estas condiciones, admisibles bajo ciertos aspectos, eran completamente inadmisibles bajo todos los demás. Conceder la isla de Lampedusa en compensación de Malta, era facilitar á los ingleses el medio de hacer con el dinero, del cual nunca carecerían, una segunda Gibraltar en el Mediterráneo. Estuvo el primer cónsul á punto de consentirlo cuando su más vivo deseo era conservar la paz; pero resuelto y lanzado á la guerra, lleno de confianza en la victoria, ya no podía hacer semejante sacrificio. No era para él un obstáculo el indemnizar al rey del Piamonte; pronto estaba á destinar á este objeto el ducado de Parma, ú otro cualquiera equivalente. Evacuar á Tarento y el Hannover, restablecida la paz, era una consecuencia natural de la paz misma; pero evacuar la república italiana que carecía de ejército, y la Suiza y la Holanda que estaban amagadas de una contrarrevolución inmediata si se retiraban las tropas francesas, era como pedirle que entregase á los enemigos de la Francia los Estados de los cuales podía disponer por un derecho adquirido con diez años de guerras y de victorias. No podía el primer cónsul admitir semejantes condiciones. Pero lo que más le decidía á no permitir que continuase esa mediación, era la forma bajo la cual se ofrecía. Había consentido el

primer cónsul en reconocer al joven emperador como árbitro supremo, absoluto y sin apelación, porque de este modo interesaba el honor mismo de este monarca para que fuese justo, y porque además se proporcionaba la seguridad de acabar de una vez; pero el adherirse á la parcialidad de los agentes rusos, enteramente consagrados á la Inglaterra, equivalía á firmar una negociación desventajosa é interminable.

Por lo tanto, después de haber discutido las proposiciones de la Rusia, y de haber demostrado la injusticia y el peligro de algunas de ellas, declaró que estaba siempre dispuesto á aceptar la arbitración personal del zar mismo, pero no una negociación seguida en su gabinete de una manera poco amistosa con respecto á la Francia, y tan complicada que no era posible esperar su término; que daba las gracias al gabinete de San Petersburgo por sus buenos oficios, pero que no obstante renunciaba á servirse de ellos más tiempo, confiando á la guerra el cuidado de restablecer la paz. Terminaba la declaración del primer cónsul con estas palabras que llevan el sello profundo de su carácter. «El primer cónsul ha hecho cuanto ha podido para conservar la paz; habiéndose frustrado sus esfuerzos, ha reconocido que la guerra era un decreto del destino. Va, pues, á hacer la guerra, y protesta que no se doblegará ante una nación orgullosa que hace veinte años está poseyendo el don de humillar á todas las potencias.» (29 de agosto de 1803).

Mr. Markoff fué tratado con aspereza, según merecía por su lenguaje y por la actitud que había tomado en París. Encomiador constante de Inglaterra, de sus pretensiones y de su conducta, se había hecho reconocer por detractor de la Francia y de su gobierno: cuando se le decía que obrando de aquel modo faltaba á las intenciones, al menos aparentes, de su soberano, que profesaba una imparcialidad rigurosa entre la Francia y la Inglaterra, solía responder que *el emperador tenía su opinión y los rusos tenían la suya*. Muy expuesto estaba á sufrir de un momento á otro una tormenta parecida á la que había descargado sobre lord Withworth, y aun más recia todavía, porque el primer cónsul no tenía con Mr. Marcoff las mismas consideraciones que al ministro inglés manifestaba.

Una vez cortado el hilo de esta falsa mediación, sin romper por eso con la Rusia, quiso el primer cónsul obligar á la España á explicarse y á manifestar de qué manera pensaba cumplir el tratado de San Ildefonso. Tratábase de saber si tomaría parte en la guerra, ó si permanecería neutral, suministrando á la Francia un subsidio en vez de un auxilio de tropas y de naves, pues mientras esta cuestión estuviese pendiente no podía el primer cónsul disponer completamente su expedición.

Manifestaba la España una repugnancia extremada en decidirse, repugnancia que había originado entre ella y la Francia predisposiciones muy sensibles. Ciertamente era una carga muy dura la obligación de acompañar á una potencia vecina por todas las vicisitudes de su política; pero al contraer por el convenio de San Ildefonso los vínculos de una alianza ofensiva y defensiva con la Francia, la España se había impuesto un deber positivo cuyas consecuencias eran incontestables. Pero aun dejando aparte este deber, ¿era posible que esa nación se mantuviera pasiva cuando iba á agitarse

por la última vez la gran cuestión de la supremacía marítima, no habiendo descendido á la degeneración más indigna? Si la Inglaterra triunfaba, era evidente que la España perdía para siempre comercio, colonias, galeones, y en fin, todo lo que componía su poder y su riqueza hacía tres siglos. Cuando el primer cónsul la instaba á tomar parte, no solo la amonestaba á cumplir un empeño formal, sino también á llenar sus deberes más sagrados consigo misma. Haciéndose cargo de su incapacidad actual, consentía que permaneciese neutral, y facilitándole de este modo el medio para recibir la plata mejicana, le pedía que invirtiese una parte en la guerra que en beneficio común se iba á emprender, que pagase en suma la deuda en metálico, ya que no quería imponerse una contribución de sangre en favor de la causa de la libertad de los mares.

Nuestras relaciones con la España, que como dijimos ya se habían alterado con motivo de los asuntos de Portugal, y que merced á la vacante del ducado de Parma habían después mejorado un tanto, se alteraron de nuevo hasta el punto de sernos enteramente hostiles. Todos los días había quejas en Madrid por haber cedido la Luisiana en cambio de la Etruria, cuya soberanía se llamaba nominal, porque incapaz aquel Estado de custodiarse á sí mismo estaba defendido por tropas francesas. Lo que más dolía era la cesión de la Luisiana á los Estados Unidos; decíase que si la Francia quería enajenar aquella preciosa colonia debía haberse dirigido al rey de España y no á los americanos, cuya vecindad no podía menos de ser peligrosa para Méjico; y que si la Francia hubiese restituido aquella colonia á Carlos IV, éste hubiera tomado gustoso sobre sí el salvarla de los amagos de los americanos y de los ingleses. Ridículo era en verdad que los que estaban ya á pique de perder á Méjico, el Perú y toda la América del Sur, pretendiesen poder defender la Luisiana que no era española, ni por sus costumbres, ni por su espíritu ni por su lengua. Pero en Madrid la enajenación de la Luisiana constituía una queja capital contra la Francia, y de tal gravedad que sólo por ella se consideraban como rotos todos los vínculos de alianza y caducada toda obligación. El verdadero motivo de este proceder era que el primer cónsul se había negado á agregar el ducado de Parma al reino de Etruria; negativa forzosa á la sazón por cuanto se veía precisado á conservar ciertos territorios para indemnizar al rey del Piamonte, para quien tan ahincadamente se pedía una indemnización; y por otra parte las Floridas no eran ya un objeto de cambio admisible después del abandono de la Luisiana.

Mas el gabinete de Madrid no se limitaba á mostrarse enojado con la Francia, sino que se propasó á los más indignos tratamientos contra nuestro comercio. Apresó varios buques franceses so pretexto de contrabando, y envió sus tripulaciones á los presidios de África. Las reclamaciones de nuestros paisanos fueron completamente desoídas; nuestro embajador no recibió la menor respuesta á ninguna de sus quejas, y para colmo de aquel ultraje se acababa de permitir que varias naves francesas fuesen apresadas en los fondeaderos de Cádiz y de Algeciras, bajo el fuego mismo de los cañones españoles, lo cual aún prescindiendo de toda alianza, constituía una violación de territorio que era indigno sufrir. La escuadra refugiada en la Coruña, bajo un pre-

texto falso de cuarentena, estaba detenida fuera del fondeadero, donde hubiera podido estar segura. Los enfermos de su tripulación tenían que morir á bordo por carecer de los más indispensables auxilios, y sobre todo del aire benéfico de tierra. Esta escuadra, bloqueada por otra inglesa, no podía volverse á engolfar sin un descanso, sin una carena considerable, y sin renovar completamente sus víveres y municiones; pero nada de esto se le permitía, ni aún á peso de oro. Por último, mientras la marina española, yacía en un abandono que causaba compasión, se hacían bravatas que ponían el colmo á semejante modo de proceder, ocupándose con ridícula solicitud en organizar ejércitos de tierra y milicias como si se intentara disponer contra la Francia una guerra nacional.

¿Qué causas podían impeler de esta manera hacia el abismo al inepto privado, cuya dominación envilecía la noble sangre de Luis XIV, y reducía á una nación valiente á la impotencia más vergonzosa? La falta de unión en las ideas, la vanidad ajada, la incapacidad y la pereza: tales eran los miserables móviles de este usurpador de la corona española. Había sido en otro tiempo apasionado de la Francia, y esto sólo bastaba para que su inconstancia le hiciese hoy aficionarse á la Inglaterra. El primer cónsul no había sabido ocultarle su desprecio, al paso que los agentes ingleses y rusos le colmaban de adulaciones y lisonjas; además la Francia exigía de él ardimiento, actividad y buena administración: ¿qué más motivo podía haber para hacerle detestar á un aliado tan exigente? Ya el primer cónsul había dicho, *todo eso acabará con una tronada*; así con relámpagos siniestros se anunciaba ya el rayo oculto en aquella densa nube que empezaba á sombrear sobre el antiguo trono de España.

El sexto campamento, formado en las playas del Océano, se reunía en Bayona, y los preparativos se fueron acelerando y aumentando hasta formar un verdadero ejército. Dispúsose al mismo tiempo otra reunión de tropas por el lado de los Pirineos orientales, y fué nombrado Augereau general en jefe de estos diversos cuerpos. El embajador de Francia recibió orden de pedir á la corte de España satisfacción de todos los motivos de queja, la libertad de los franceses detenidos con un resarcimiento por las pérdidas que se les habían ocasionado, el castigo de los comandantes de los fuertes de Algeciras y Cádiz que habían dejado apresarse buques franceses bajo sus propios fuegos, la restitución de los buques apresados, el recibimiento de la escuadra refugiada en la Coruña en las dársenas del Ferrol, su carena y su inmediata renovación de víveres, el licenciamiento de las milicias, y por último, ó la estipulación de un subsidio, ó el armamento de quince navíos y de los veinticuatro mil hombres prometidos por el tratado de San Ildefonso, á elección de la España. El general Beurnonville debía declarar al príncipe de la Paz esta expresa voluntad y manifestarle que si la corte de Madrid persistía en su culpable y disparatada conducta, sobre él pesaría la justa indignación del gobierno francés, que atravesando la frontera se haría conocer al rey y al pueblo de España el vergonzoso yugo que pesaba sobre ellos, y del cual se los iba á libertar. Si esta declaración no producía efecto, debía el general Beurnonville pedir una audiencia á los reyes, repetirles lo que había dicho

el príncipe de la Paz, y si no conseguía la satisfacción pedida, retirarse de la corte hasta nueva orden.

El general Beurnonville, impaciente de poner término á aquellos intolerables ultrajes, se apresuró á ver al príncipe de la Paz y decirle las amargas verdades que tenía encargo de hacerle oír; y para no dejarle la menor duda sobre el carácter formal de aquellas amenazas, puso á su vista muchos párrafos de las órdenes del primer cónsul. El príncipe de la Paz palideció, derramó algunas lágrimas, mostróse ya bajo, ya arrogante y concluyó declarando que el caballero Azara era el encargado de entenderse en París con Mr. de Talleyrand, y que además, él como príncipe de la Paz nada tenía que ver en aquel asunto: que escuchando al embajador se excedía en sus atribuciones por cuanto era generalísimo de los ejércitos españoles, y no tenía en los asuntos de Estado función alguna; y últimamente, que si había de hacer alguna declaración, era preciso dirigirse al ministro de Negocios extranjeros y no á él. Negóse además á recibir una nota que el general Beurnonville debía entregarle al terminar aquella conferencia, y el francés, perdiendo la paciencia le dijo: — Señor príncipe, en su antesala de usted hay cincuenta personas á quienes voy á tomar por testigos de que usted se niega á recibir una nota que cumple al servicio de su rey, para que conste que si no he podido dar cumplimiento á mi obligación, la culpa ha sido de usted solo y no mía. — El príncipe intimidado recibió la nota, y el general Beurnonville se retiró.

El embajador francés, deseoso de cumplir con sus instrucciones en toda su extensión, quiso ver á los reyes, y los encontró sorprendidos y atónitos y como enteramente ajenos de lo ocurrido; repitieronle que el caballero Azara acababa de recibir instrucciones para el primer cónsul. Entonces nuestro embajador salió de la corte, cortó toda comunicación con los ministros españoles, y se apresuró á participar á su gobierno cuanto había hecho y el poco fruto que había sacado.

El caballero Azara en efecto había recibido una comunicación sumamente extraña, intempestiva y desagradable para él; este juicioso y sabio español era sincero partidario de la alianza de España con la Francia, y amigo personal del primer cónsul desde las guerras de Italia, donde había hecho oficios de mediador entre el ejército francés y el Padre Santo. Por desgracia no tenía bastante oculto el disgusto y el dolor que le causaba el estado de la corte de España; y esta corte descontenta echaba la culpa de su descrédito al embajador, que más que otro alguno lo deploraba. Acusábasele en los despachos que se le acababan de enviar de Madrid de ser un humilde servidor del primer cónsul, de no tener su corte al corriente de cosa alguna, y de no saberla librar de ninguna exigencia; declarábasele además que á no haber tenido tanto empeño el primer cónsul en conservarle en París, ya se hubiera elegido otro que hiciera sus veces, con lo cual sin atreverse á enviarle su destitución, se le provocaba á que dimitiera. Encargábasele que ofreciese á la Francia un subsidio de dos millones y medio al mes, declarando que era cuanto podía dar la España, estando en imposibilidad absoluta de pagar un real más. El caballero Azara trasladó estas proposiciones, y en seguida despachó un correo á Madrid con su dimisión.

El primer cónsul mandó llamar al secretario de em-

bajada Mr. Hermann, que había tenido reclamaciones personales con el príncipe de la Paz, y le dió sus órdenes para trasladarse á Madrid. Mr. Hermann llevaba el encargo de manifestar al príncipe que era preciso someterse ó resignarse á una caída inmediata, dispuesta por los medios que el agente francés llevaba en su cartera. Eran estos medios los siguientes: El primer cónsul había escrito una carta denunciando á este malhadado monarca los males y la ignominia que pesaba sobre su corona; pero haciéndolo de modo que despertara en él sin humillarle el sentimiento de su propia dignidad; y además le ponía en la alternativa de alejar su privado, ó sufrir la invasión inmediata de un ejército francés. Si el príncipe de la Paz, después de su entrevista con Hermann no daba inmediatamente completa satisfacción á la Francia sin subterfugios y sin nuevo traslado á las instrucciones remitidas á París, el general Beurnonville debía solicitar de Carlos IV una audiencia solemne, y entregarle en mano propia la fulminante carta del primer cónsul. Si á las veinticuatro horas de audiencia no quedaba destituido el príncipe de la Paz, el general Beurnonville debía dejar á Madrid, enviando orden á Augereau de pasar la frontera.

Mr. Hermann pasó á Madrid con toda celeridad, vió al príncipe de la Paz, le manifestó la voluntad del primer cónsul, y esta vez le encontró no ya arrogante y bajo, sino bajo solamente. Un ministro español que hubiera tenido la convicción de defender los intereses de su país, de representarle dignamente, y de no cubrirle de ignominia, hubiera arrostrado la desgracia, la muerte misma, todo, antes que tolerar semejante amago de una autoridad extraña; pero la indignidad de su posición no permitía al príncipe de la Paz mostrar el menor resto de energía. Sometióse, pues, y aseguró por su honor que se acababan de enviar instrucciones al caballero Azara para consentir á todo lo que el primer cónsul pedía. Participó esta respuesta al general Beurnonville; éste, que tenía orden de reclamar una resolución inmediata, sin satisfacerse con un nuevo traslado á lo que se hiciese en París, declaró al príncipe que tenía instrucciones expresas de no creer en su palabra y de exigir una firma en el mismo Madrid, ó de lo contrario entregar al rey la terrible carta del primer cónsul. El príncipe de la Paz repitió su triste estribillo de que todo se estaba en la actualidad arreglando en París según el deseo del primer cónsul: aquel miserable creía salvar su honor dejando al caballero Azara el triste papel de someterse á la voluntad de la Francia, y trasladando á distancia de cuatrocientas leguas el espectáculo de su envilecimiento. Entonces el general Beurnonville juzgó llegado el caso de entregar al rey la carta del primer cónsul. Bien hubieran podido la reina y el príncipe, que manejaban á Carlos IV, negar la audiencia; pero al punto se hubiera enviado á Augereau un correo con la orden de entrar en España. En aquel apuro imaginaron un medio para arreglarlo todo; aconsejaron á Carlos IV que recibiese la carta, pero al mismo tiempo le dijeron que no debía abrirla porque encontraría en ella expresiones que pudieran ofenderle. Probáronle que con recibirla evitaba la entrada del ejército francés, y con no abrirla salvaba su dignidad. Dispuestas así las cosas, fué el general Beurnonville admitido en el Escorial á la presencia del rey y de la reina, pero ausente el príncipe de la Paz, á

quien tenía orden de no tolerar como testigo, y entregó al monarca español la humillante denuncia de que era portador. Carlos IV con una serenidad que probaba su ignorancia, dijo al embajador: «Recibo la carta del primer cónsul porque no hay otro remedio, pero se la restituiré á usted en breve pero sin haberla abierto. Dentro de pocos días sabrá usted que su encargo era inútil, porque Azara tiene orden de arreglarlo todo en París. Yo estimo al primer cónsul, quiero ser su fiel aliado, y suministrarle todos los auxilios de que puede disponer mi corona.» Después de esta respuesta oficial, volviendo al tono de una familiaridad poco digna del trono y de la situación actual, habló el rey del carácter impaciente de su amigo el general Bonaparte, y de la resolución de perdonárselo todo por no romper la unión de entrambas cortes, expresándose en unos términos cuya vulgaridad puso en confusión al embajador francés. Retiróse éste sin saber qué decir después del mal rato de aquella escena, y se resolvió á esperar al próximo correo de París antes de dar aviso al general Augereau de adelantar sus tropas.

Esta vez no mentía el príncipe de la Paz: Azara había recibido autorización necesaria para firmar las condiciones impuestas por el primer cónsul. Según el convenio que se hizo, la España debía permanecer neutral; en vez de los auxilios estipulados en el tratado de San Ildefonso, debía pagar á la Francia un subsidio de seis millones mensuales, de los cuales se reservaría la tercera parte para arreglar las cuentas pendientes entre los dos gobiernos; y la España debía satisfacer de una vez los cuatro meses vencidos desde el principio de la guerra ó lo que es lo mismo, diez y seis millones. Cierta agente llamado Hervás, que trataba en París los negocios de la hacienda de España, recibió encargo de negociar en Holanda un empréstito con la casa de Hope, pagando á ésta en pesos fuertes, que debían sacarse de Méjico. Quedó sentado que cesaría el subsidio si la Inglaterra declaraba la guerra á la España, y se estipuló que si los proyectos del primer cónsul contra la Gran Bretaña se lograban, la Francia en premio de este auxilio haría restituir á su aliada primeramente la Trinidad, y después, en caso de completo triunfo, la célebre fortaleza de Gibraltar.

A pesar de este convenio persistió el caballero Azara, después de firmado, en presentar su dimisión, aunque con ella iba á quedar sin bienes de fortuna y privado de todo recurso para sobrellevar una vejez prematura. Murió en París algunos meses después, y aun entonces tuvo el príncipe de la Paz la poca dignidad de escribir á su agente Hervás encargándole que arreglase sus asuntos personales, como él los llamaba, con el primer cónsul. Todo lo ocurrido no era, según él, más que una mala inteligencia, una de esas contiendas comunes entre personas que se aprecian y que quedan después más amigos que al principio. Tal era aquel personaje: tales la energía y la elevación de su carácter.

Corría el otoño, aproximábase la estación, é iba á presentarse con las brumas y las largas noches de invierno una de las tres ocasiones reputadas como favorables para pasar el estrecho; mas el primer cónsul se ocupaba sin tregua en su grande empresa. El término de la contienda con la España ocurrió muy á tiempo,



NAPOLEÓN BONAPARTE

Retrato tomado de un dibujo hecho del natural en Milán en 1796 y grabado en París por Canú. Según Larousse, es el verdadero. (Depositado en la Biblioteca Nacional. París, 1799)